



Gabriela Mistral & Alberto Hurtado



Dos grandes figuras – Dos grandes historias – Dos grandes legados

Mistral & Hurtado

Dos grandes figuras – Dos grandes historias – Dos grandes legados

Lucila Godoy Alcayaga, a quien años más tarde el mundo conocería como Gabriela Mistral, nació el 7 de abril de 1889 en la ciudad de Vicuña. Creció en un hogar fracturado, de padre ausente, en situación de pobreza, con muy poco acceso a recursos—incluyendo el acceso una educación. Lucila no descubrió y nadie tuvo que contarle lo que era vivir y/o crecer en situación de necesidad . . . ella lo vivió. Su educación formal fue muy limitada, ya que, a los 13 años, fue expulsada cuando se le acusó falsamente de sustraer útiles escolares. La escuela no la vuelve a recibir porque estiman que no tiene la capacidad intelectual para invertir en su educación. Le recomiendan aprender labores domésticas. Es por su propio esfuerzo y deseo de superación que surge, y debido a su entorno y experiencia personal a una muy temprana edad, comienza su preocupación por los más pobres, los desposeídos—algo que estará esta siempre presente en su vida. La importancia que le da a la educación, especialmente la educación de la mujer, lo deja plasmado en su ensayo escrito en 1906 a la edad de 17 años, titulado “La instrucción de la mujer”, que se publica en el periódico local de Vicuña, *La voz de Elqui*, (8 de marzo, 1906; Año X, No. 988). El año siguiente, publica un ensayo a favor de la instalación de la ley primaria obligatoria en su artículo titulado “Ventajoso Canje”, publicado en el periódico local de La Serena *El Coquimbo*, (3 de septiembre, 1907, Año XXX, No. 4876)

Alberto Hurtado Cruchaga nace en el año 1901 en Viña del Mar, en el seno de una familia acomodada, que después de la muerte de su padre se ve empobrecida. Este gran cambio en su vida, lo hace muy sensible a las condiciones de pobreza, dolor y desesperanza que estaban presente. Por medio de una beca estudia en el Colegio San Ignacio, luego continúa sus estudios universitarios y escribe su tesis de abogado sobre el “Trabajo Domiciliario” y el “Trabajo Infantil”, temas que en ese entonces no solo no estaban regulados, sino que eran ignorados. Vidas que comenzaron en circunstancias muy distintas, se unen a través del tiempo por medio de experiencias y preocupaciones paralelas.

Ambos por distintas razones y viven parte de sus vidas fuera de Chile. Mistral, tanto en las Américas como en Europa, en capacidad de maestra, intelectual, diplomática, pero siempre enfocada temas humanitarios. Hurtado, lo hace durante su formación jesuita cuando visita Europa y Estados Unidos, de donde regresa con ideas a implementar para aliviar la pobreza. Estas experiencias sin duda influyen y marcan sus vidas futuras.

Ambos son maestros, la gran diferencia es que Mistral no decidió ser maestra, la necesidad la hizo serlo a la temprana edad de 15 años—lo hizo con gran vocación, dedicación y amor. Hurtado, recibió preparación formal para asumir y desarrollar su labor docente a través de su trabajo en la orden jesuita.

La vida los llevó por caminos paralelos. Finalmente se conocen en 1938, en casa de Carmelita Echenique. Después de este primer encuentro, 14 años más tarde, Alberto Hurtado le pide a Carmelita solicitar a Mistral que escriba un artículo para la revista *Mensaje*. Al no recibir respuesta de Mistral, él le escribe directamente por medio de una carta de fecha 4 de febrero de 1952. En ella le recuerda a Mistral quien es, y menciona que anteriormente “por medio de Carmelita le había pedido un artículo, pero que no había recibido respuesta.” Una vez más le pide acceder a su solicitud. No hay prueba que esta carta haya recibido respuesta. Más adelante, en una nota sin fecha, Carmelita le escribe a Mistral, para informarle que Alberto Hurtado está muriéndose de cáncer al páncreas. El 12 de septiembre de 1952, Carmelita le envía una nota con la noticia del fallecimiento de Alberto Hurtado. El 18 de noviembre, 1952 estando en la ciudad de Nápoles en Italia, Gabriela Mistral escribe el ensayo titulado “Un pastor menos”.

Cinco años más tarde, en la fría mañana del 10 de enero de 1957, en el Hospital de Hempstead en Long Island, fallece Gabriela Mistral, también de cáncer al páncreas. Dos vidas, de dos de las más grandes figuras chilenas, figuras de fe, visionarios que los unió esta gran preocupación por el prójimo, por el sentido de la urgencia de las necesidades de quienes, para muchos, hasta el día de hoy, son casi invisibles. El texto “Un pastor menos” es el retrato por medio de palabras de estos dos personajes de los que tenemos mucho que aprender, mucho que emular. El mundo siempre necesitará a una Mistral y un Hurtado.

Gloria Garafulich-Grabois
Presidenta,
Gabriela Mistral Foundation, Inc.
Nueva York, 8 de julio, 2025

UN PASTOR MENOS

Era el Padre Hurtado una especie de franciscano natural. Yo no sé si él rondó en torno de la llama dulce del franciscanismo, pero su naturaleza era cierto franciscanismo trajinador y este trajín puede llamarse un "correteo por los niños pobres".

Del Santo de Asís tenía también el hablar con gracia, la expresión a la vez donosa y llana. Este don de su conversación más su llaneza le ganaba a todos y le servía a maravilla para limosnear en bien de sus pobres y de sus niños.

Cuando, en esta casa de Nápoles -- que tiene un jardincito a Dios gracias -- yo sigo el ajetreo de dos o tres pájaros que saquean cuanto pueden en la floración, no puedo sino acordarme del "género Padre Hurtado", o sea de los que buscan, no entre plantas floridas, sino en la espesura del egoísmo humano, las sombras de los hartos: ropas, objetos y...dineros.

Con esta misma gracia del pájaro, él circulaba por Santiago en este menester duro para alma delicadísima. Con gracia pedía, con la gracia humana y con la otra.

Ya he parado ese callejear por nuestra capital, ya no trajina más por sus chiquitos; pero otro habrá que recoja su afán. Ojalá su "segundo" se le parezca en la virtud, pero también en la rara sencillez y en el habla mágica de los pedigüños a lo divino. Ya descansaron sus pies trotadores y su lengua criollísima y culta a la vez en cada charla, broma o giro, pero tal vez su mano quedó vuelta hacia su obra, como dicen que restan las del albañil y las del carpintero. Porque aquella su diligencia ardiente, de cada día y de cada hora, y de cada respiro suyo, todo eso quizás le haya dejado la diestra extendida en el ademán de pedir el pan de los otros.

Su ejemplo siempre planeará sobre aquellos que le conocimos y muchas veces sentiremos que el empujón del apresurado nos saca de nuestro estupor.

Honra y dicha fué tenerlo, y es tristeza no mirarle más en la fila de su Orden y en la falange de la chilenidad.

Sigamos dando, sí, porque su mano tal vez siga extendida allá abajo, lo mismo que antes, y debemos sosegarla cumpliendo por él.

Solemos oír a los muertos; en cuanto se hace un silencio en nuestros ajetreos mundanos, se les oye clara y distintamente. Oír al Padre Hurtado será una obligación de responderle. Y la respuesta única que hay (que dar a su alma atenta y a su bulto sólo entredormido, es la ayuda de sus obras, un socorro igual al de antes, porque la Miseria, la bizca y cenicienta Miseria, sigue corriendo por los suburbios, manchando la clara luz de Chile y rayando con su ufeteada de carbón infernal la honra de las ciudades grandes y el decoro de las aldeas.

Duerma el que mucho trabajó. No durmamos nosotros, no, como grandes deudores huidizos que no vuelven la cara hacia lo que nos rodea, nos cife y nos urge casi como un grito. Sí, duerma dulcemente él, trotador de la diestra extendida, y golpee con ella a nuestros corazones para sacarnos del colapso cuando nos volvamos sordos y ciegos.

Y alguna mano fiel ponga por mí unas cuantas ramas de aroma o de "pluma de Silesia" sobre la sepultura de este dormido que tal vez será un desvelado y un afligido mientras nosotros no paguemos las deudas contraídas con el pueblo chileno, viejo acreedor silencioso y paciente. Démosle al Padre Hurtado un dormir sin sobresalto y una memoria sin angustia de la chilenidad, criatura suya y ansiedad suya todavía.

Nápoles, noviembre de 1952.